

Managua, hermana de Pompeya

Pero el proceso de democratización -desarrollado con mentalidad conservadora- no duró más que treinta años. El liberalismo traía en su programa la prisa (que después se llamó revolución) y con la prisa la inflación de las palabras. Las ideas se imponían con rifles. La libertad volvía a exigir la guillotina.

A su pecado original geológico, la nueva Metrópolis agregó un pecado capital: le dio la espalda al Lago y comenzó a crecer mirando alucinada el promontorio o cerro que se levanta en su centro: la Loma de Tiscapa. Allí se construyó un cuartel -juez y parte en todos los conflictos políticos- y luego, para completar el paisaje feudal, se edificó a la par la Casa Presidencial. Con tal aquilino hábitat no tardó en desarrollarse una dinastía de dictadores. Zelaya, Chamorro, los 3 Somoza, los 9 Sandinistas. Por eso, cuando el segundo y más devastador terremoto -en 1972- alguien escribió en un resto de una pared este:

Lamento Náhuatl

“*Quin oc ca tlamati noyollo*”
Hasta ahora lo comprende mi corazón.

Luché
toda la noche
(¡mira mis manos
hechas sangre!)

Luché
toda la noche
para salir de la tierra

¡Ay!
cuando ya fuera
me creí libre

miré en el muro
la efigie del tirano!

Un año después, huyendo de las ruinas deprimentes de mi ciudad, me fui a Italia; pero allí, como un “¡Quo Vadis!” al cobarde que huía, me salió al paso la voz de Pompeya. Quise evitarla, pero la similitud de las catástrofes me empujó a entrar a la ciu-

dad víctima del Vesubio. En ella, cada calle, como una arqueología de Managua, resucitaba con nobleza romana nuestra destruida pobreza mestiza. Así, haciendo paralelos con los extremos de un vivir que llamamos latino, entré a Puerta Marina, una casa pompeyana convertida en museo. Pasé vista por multitud de objetos que usaba en su vida diaria el hombre de ese primer siglo de nuestra era y, de pronto, en un rincón, descubrí una presencia angustiada. Es el cuerpo de un hombre en cuclillas que aprieta desesperadamente a su nariz un pañuelo. La garganta tensa, los ojos desorbitados dicen, sin palabras, que ese hombre murió y sigue muriendo de asfixia. En esa posición lo envolvió la lava. En esa posición lo recuperó la arqueología.

No puedo quitar los ojos de su impresionante suplicio y sobre los rasgos desesperados del pana-dero Plubio Próculo, mi memoria me coloca la fotografía de Braulio Carrillo, un zapatero de Managua, encontrado muerto bajo los escombros en análoga posición, con un trapo apretado a la nariz, asfixiado no por gas letal sino por el polvo.

La muerte borra siglos y nombres para entregarnos la “eterna historia” del hombre. Me imagino un diálogo entre Plubio y Braulio:

Plubio: Hermano, supongo que al progresar el mundo tú no tuviste mis dificultades. Que no viste llegar con angustia el vencimiento de los pagarés y la figura del tábano cobrador. Ni el descaro del rico ofreciéndote perdonar tu deuda si le dabas a tu hija. Aquí los “honestiores” te subían el precio del pan y de la vivienda sin importarles tu vida. Aquí los “humiliores”, los pobres, tenemos un refrán: “vale más ser esclavo de rico, que

ciudadano libre pobre”.

Braulio: Como tus plazos, mis plazos; y como tus tábanos, mis tábanos. También nosotros padecemos especuladores ricos usureros y especuladores pobres socialistas que inventaron la “inflación” para robar, sin dejar huellas, el salario del trabajador; también entre nosotros vale más ser criado de un coronel que jefe de un taller.

Plubio: ¿Y escribiste desesperado en la pared “¡Abajo la tiranía!” y el ojo del espía te vio y te cargaron de grillos en la cárcel?

Braulio: Escribí en la pared “¡Muera el Gobierno!” y un “oreja” me delató y me llevaron a culatazos a la chirona.

Plubio: En mi tierra conocimos la República -un nombre hermoso- pero se nos llenó de soldados que despojaban de sus tierras a los campesinos.

Braulio: ¡También nosotros elegimos la República, pero se nos llenó de soldados que devoran nuestro presupuesto y todo delito que cometen es premiado con indultos y amnistías!

Plubio: ¡Por Júpiter, hermano Braulio! ¡Pues no ha pasado el tiempo!

Colofón

La ciudad de Braulio -Managua, la hermana de Pompeya- se reconstruyó inventando un desconcertante urbanismo en fuga: toda la población huyó hacia su periferia por miedo al centro como si fuera un cráter. Largas distancias de calles y carreteras, unieron dispersos caseríos y barrios pobres de solemnidad, con barrios de pobreza menos solemne. A mayor riqueza más lejanía. Y así se edificó una ciudad excéntrica y sin sintaxis que debía producir en el país una política aberrante y, por contradicción, centralista. ¿Volverá Managua -la despedazada- a tener centro,

a tener corazón, a ser cabeza pensante y no la cabeza parlante ofrecida en la bandeja de plata del Lago? Yo nací en ella, me enamoré su paisaje. Me entristece su miseria. Y oigo la voz de:

Braulio: Hermano Plubio, Roma puede darse el lujo de tener ruinas. Para Roma la ruina es la historia de un imperio. Para Managua la ruina es la impotencia de la miseria. ¡Ruega -hermano Plubio- desde tu asfixia, por un pueblo de poetas que quiere rescatar la dignidad de su pobreza!

(Texto escrito a solicitud de la BBC de Londres en mayo de 1994)

Post Scriptum en agosto del 2000

Seis años después. Te parecerá raro, hermano Plubio que, apenas seis años después, tenga que hablarte de una Managua completamente distinta que ha sufrido un cambio urbano radical. La Capital de hoy abandonó su viejo -su milenarismo- amor al Lago, y perdió de pronto su temeroso respeto a la Loma feudal -la Loma de Tiscapa, un volcán cuyo cráter es una laguna-residencia de sus gobiernos dictatoriales, para expandir su comercio y su actividad económica en la dirección completamente opuesta: subiendo a la Loma, bajando por su espalda y congregando todo el movimiento capitalino en una Broadway tropical y loca, en una calle vertical metida en tierra, opuesta a su historia, donde vemos surgir a diario grandes hoteles, bancos, comercios, restaurantes y una gran catedral nueva, la más reciente de América, todo surgiendo aprisa como si los escombros cobraran vida y huyeran de su pasado.

(Tomado de *El Pez y la Serpiente*, No.50, noviembre-diciembre, 2002, pp. 9-16)